

Santos mas universalmente reverenciados.

En otras dos sesiones se leyó la vida de Adalberto, la carta que él suponía haber bajado del cielo, y una oración compuesta por él mismo. La historia de su vida le suponía otro Juan Bautista santificado en el vientre de su madre, bajo la figura de un ternero que salía de su lado derecho: emblema tan distante de la dignidad evangélica, como análogo á la bajeza del fanatismo. Aun aparecía mas patente la impostura respecto de la supuesta carta del Hijo de Dios. Júzguese de ella por las palabras con que principia, y que es lo único que se lee en las actas del Concilio: «En nombre de Dios: aqui comienza la carta de nuestro Señor Jesucristo, que ha caído del cielo en Jerusalem, y que fué hallada por el arcángel San Miguel en la puerta de Efen, leída y copiada por el sacerdote Ieoré. Ieoré la envió á la ciudad de Jeremías al sacerdote Talasio: Talasio la envió á Arabia al sacerdote Leoban: Leoban la envió á la ciudad de Velsania al sacerdote Macruis, el cual á su vez la envió al monte del arcángel San Miguel; de allí la llevó un ángel á Roma al sepulcro de San Pedro, en donde están las llaves del reino de los cielos, y en el cual los doce sacerdotes que gobiernan la ciudad no han cesado de velar, orar y ayunar durante tres dias consecutivos.»

Los Padres de aquel Concilio tuvieron la paciencia de oír toda la serie de este escrito extravagante, cuyo carácter original y ridículo era enteramente conforme á su principio. Concluida la lectura, dijo el Papa: «seguramente, amados hermanos míos, este Adalberto es un delirante, y los que han dado crédito á sus palabras son como los niños que creen las fábulas como una verdad. Pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes: y supuesto que esta seducción grosera ha sido capaz de alucinar á cier-

tas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas.» Leyóse en consecuencia la oración de Adalberto, tan extravagante como la carta, y concluyeron la sesión quemando los escritos y condenando los autores. Adalberto y Clemente fueron depuestos de su dignidad, fulminando contra ellos y sus partidarios el anatema si persistían en sus errores. Notamos que en los Concilios que se celebraron en Roma en este tiempo, apenas se hallan nombres bárbaros entre los de tantos eclesiásticos; lo que nos hace presumir que todavía era bastante general la costumbre de no admitir al clericaliato mas que á solos los súbditos romanos.

El Papa Zacarías remitió las actas de su Concilio á San Bonifacio (1), con una carta muy larga, en la que confirmaba no solo el último Concilio celebrado en Francia, sino tambien lo que se habia acordado en Liptines, relativo á la contribucion anual de doce dineros por cada familia de siervos perteneciente á la Iglesia, para subvenir á las necesidades de la guerra contra los infieles, sarracenos, sajones y frisones. En cuanto á los eclesiásticos depuestos, que en vez de hacer penitencia en los monasterios iban á la corte á pretender bienes de la Iglesia, dice el Pontífice haber escrito sobre el particular á los príncipes franceses; pero declara que en ningun caso debe permitirse el ejercicio ordinario del ministerio á los que fueren notados de deshonestos, homicidas ó penitentes públicos. Acerca de los Sacramentos administrados por los eclesiásticos vagabundos, previene que se averigüe si han usado de la invocacion de las tres Personas de la Trinidad en la administracion del Bautismo, y en cuanto á los demás Sacramentos, si tenían las órdenes necesarias, en cuyo caso no deben reputarse

(1) Zachar. P. Epist. 9, ap. Othol. lib. 2, cap. 7.

por inválidos. En otra ocasion se habia preguntado á Zacarías si debia reiterarse el bautismo administrado por un sacerdote bávaro, que ignorando el latin usaba de la fórmula siguiente: *Baptizo te in nomine Patria, et Filia, et Spiritua Sancta*. La decision del Pontífice fué que semejante bautismo, como administrado en nombre de la Trinidad, tenia las cualidades esenciales al Sacramento, y que la simple ignorancia del idioma, sin mezcla de error alguno, no podia invalidarle.

Hasta este tiempo San Bonifacio, condecorado con el pálio y con el título de arzobispo desde el principio del pontificado de Gregorio III, todavía carecia de Silla fija y de iglesia metropolitana. Los príncipes franceses de acuerdo con sus obispos tomaron en sus últimas asambleas la resolucion de establecer esta metrópoli en la frontera de sus Estados hácia el pais de los paganos. La eleccion que hicieron desde luego de la ciudad de Colonia fué aprobada por el Sumo Pontífice; pero respecto á que Gevilieb de Maguncia, despues de haber hecho alguna resistencia, se habia al fin sujetado á la sentencia de deposicion, hallaron que esta última ciudad era mas conveniente (747). Desde los primeros tiempos del cristianismo habia sido esta silla metropolitana de la provincia romana, intitulada la primera Germania (1). Worms habia llegado á ser con el tiempo metrópoli de estas dos provincias, y así Maguncia quedó sujeta á ella. Por consiguiente, no se hizo otra cosa que reponerla en su primera dignidad de metrópoli en favor de San Bonifacio, comprendiendo su jurisdiccion trece obispados, á saber, Strasburgo, Spira, Worms, Colonia, Lieja, Ausburgo, Wurzburg, Buraburgo, trasladado despues á Paderborn, Erfort, Eichstadt, Costanza y Coira.

(1) Coimt. ann. 740, núm. 34.

Al mismo tiempo que en Germania se establecía esta forma de gobierno para las primeras iglesias, se echaban igualmente los fundamentos de los monasterios mas célebres, entre los que ocupa un lugar muy respetable la abadía de Fulda, cuyo establecimiento se debió á San Esturmio (744). Este santo nació en Baviera de padres nobles y cristianos (1), y San Bonifacio le educó en la virtud, como á otros muchos jóvenes de distincion que sus parientes le habian encomendado. Esturmio estudió la ciencia de las santas Escrituras en el monasterio de Frisar, bajo la direccion de San Wigberto. No solo aprendió de memoria los salmos, sino que penetró sus sentidos morales, los mas afectuosos y sublimes. El candor y la inocencia brillaban en su frente. Su docilidad, su dulzura, sus modales afables y obsequiosos, nacidos de la caridad y de una humildad sincera, le hicieron amable á todos. Fué ordenado de sacerdote á petición de toda la comunidad, cuyas esperanza no tardó mucho tiempo en justificar. Habiendo empezado á predicar en los pueblos de la comarca, fué desde luego favorecido por el Señor con el don de milagros; libró á los endemoniados, curó á los enfermos y obró otros mil prodigios mucho mas eficaces que los razonamientos en el espíritu de sus oyentes, los cuales eran casi todos paganos, ó semi-paganos.

Sin embargo, apenas hacia tres años que ejercitaba el celo de su predicacion cuando le vino el pensamiento de retirarse á la soledad. Sujetó humildemente este deseo al dictámen de su santo maestro Bonifacio, el cual despues de un maduro exámen conoció que realmente era una inspiracion del Altísimo. Parece que el Evangelio iba á perder un predicador esclarecido; pero la Providencia disponia que de las escuelas de

(1) Act. SS. Bened. tom. 2. pág. 270.

perfección y de celo que iba á establecer este varon admirable, saliese una multitud de operarios que diesen á la Iglesia copiosos frutos. Le dió el santo arzobispo dos compañeros, á los tres las instrucciones correspondientes, y luego los bendijo diciéndoles: «id al bosque de las hayas, y buscad allí un sitio acomodado que pueda servir de asilo á los siervos de Dios.»

Penetraron en aquellas inmensas y profundas soledades, no viendo en ellas mas que por intervalos la tierra que pisaban, y el cielo que al parecer se unía con la cima de aquellos árboles antiguos. Al cabo de tres dias llegaron á una llanura, abundante en riego y que les pareció fértil, y creyeron que era aquella la mansion pacífica que les destinaba el cielo; y en su consecuencia fabricaron allí unas chozas pequeñas, cubriéndolas del modo posible con cortezas de árboles. Tales fueron los principios del célebre monasterio de Hiersfield, en el que permanecieron largo tiempo privados absolutamente de todas las comodidades de la vida. Añadían con fervor ardiente á los ayunos las vigiliass y la oracion; experimentando delicias inefables en aquello mismo que hubiera sido un motivo de desesperacion para las almas cobardes. En fin, Esturmio fué á ver á San Bonifacio, y con santa complacencia le hizo una descripcion del nuevo domicilio. Mas el sábio prelado le dijo: «temo que no estareis seguros en ese lugar, pues me consta que existen todavía cerca de él sajones sumamente bárbaros. Os aconsejo que busqueis otro retiro menos espuesto.»

Atento únicamente Esturmio á seguir los designios del cielo, y á cumplir la voluntad divina, que él no distinguía de la de su superior, apenas hubo vuelto á su establecimiento de Hiersfield, entró con dos hermanos en una barca para subir por el rio de Fulda, y reconocer algun sitio propor-

cionado. Habiendo remado por espacio de tres dias sin descubrir lugar alguno que les acomodase, volvió Esturmio á dar cuenta al santo obispo, el cual le dijo: «no ceséis de buscar, hermano mio, y sostened vuestra fé con la esperanza de las misericordias del Señor. Él ha preparado sin duda para sus siervos un domicilio en ese desierto.» Esturmio partió esta vez solo, montó en un asno distrayéndose de las inquietudes y fatigas del viage con el canto de los salmos y la oracion continua. Se detenía en cualquier sitio donde le cogía la noche, sin otra precaucion que la de cercar la caballería con una especie de empalizada formada de ramas de árboles que cortaba para asegurarla contra los insultos de las fieras. Por lo que mira á su persona, armado únicamente con la señal de la cruz dormía con tranquilidad. Al llegar al camino real de Maguncia, mas allá del desierto, cerca de Fulda, halló una multitud innumerable de esclavones que estaban bañándose. Todos eran bárbaros feroces venidos de las estremidades del Norte, y que esparcidos en lo interior de la Germania hicieron en todas partes por espacio de mas de un siglo destrozos horribles; pero se contentaron con mofarse del Santo sin hacerle ningun daño.

Pudo al fin hallar un sitio que le pareció digno de los deseos de San Bonifacio. Despues de haberle examinado bien, le señaló cuidadosamente y se dió prisa á ir á dar parte á su maestro. Satisfecho el arzobispo escribió sin dilacion al príncipe Carloman, para obtener el permiso de fundar en él un monasterio; añadiéndole en la carta, que nadie hasta entonces habia ideado esta empresa en las fronteras orientales de sus Estados. Carloman accedió gustoso á la solicitud, cediendo además una estension de terreno de cuatro mil pasos en cuadro, y á este efecto mandó expedir una acta auténtica de donacion. Para que la fundacion

fuese mas ventajosa y estable, juntó á todos los señores del pais, obligándolos á que cada uno respectivamente hiciese donacion de los derechos que pudiese tener á aquel territorio. Autorizado Esturmio de esta manera empezó el establecimiento con siete religiosos en el mes de marzo de 744, nueve años despues de la fundacion de Hiersfield. Al cabo de dos meses, el mismo San Bonifacio llevó muchos albañiles y artífices de todas clases para que ayudasen á los monges que se empleaban en las obras, pero que carecian de medios para edificar la iglesia, y aun para desmontar el terreno. Entretanto el santo arzobispo para entregarse á la contemplacion se retiraba á un monte inmediato, el cual con este motivo fué llamado monte del obispo. Se dió al monasterio el nombre del rio de Fulda, á cuya orilla fué edificado.

En el segundo año volvió el prelado al monasterio para dar á los monges las primeras instituciones de la vida regular. Les propuso á Esturmio por abad, ó hizo que todos conviniesen en no usar mas que de la cerbeza, absteniéndose para siempre del vino y de todo licor fuerte. En lo demás se siguió la regla de San Benito. Continuó el celoso pastor, en cuanto le fué posible, visitándolos todos los años. Habiendo determinado los monges enviar alguno de sus hermanos á los monasterios mas célebres de Occidente para aprender su disciplina, encargó el prelado esta comision al abad Esturmio, el que marchó en compañía de dos hermanos el año cuarto de la fundacion. Visitó principalmente los monasterios de Roma y el de Monte-Casino; y recorrió todos los de Italia, en cuya expedicion empleó un año entero. Volvió á su comunidad cargado de un precioso caudal de egemplos de virtud los mas edificantes y perfectos. El fervor de los discípulos correspondió al celo del abad. Prosperaba cada dia mas el nuevo

establecimiento, y acudían á él muchas personas distinguidas para consagrarse á Dios y hacerle un sacrificio de todas sus riquezas. La buena opinion de Fulda se estendió hasta en las provincias mas remotas, y el fundador tuvo el consuelo de ver en poco tiempo reunidos cuatrocientos religiosos sin contar los novicios.

Una santa emulacion animó á las mugeres para resolverse á buscar las verdaderas delicias en la soledad y retiro. Innumerables doncellas cristianas se juntaron desde luego en el lugar llamado Biscofheim, es decir, morada del obispo, de donde salieron con el tiempo muchas abadesas para varios monasterios. La Alemania debió igualmente esta institucion á las islas británicas. San Bonifacio hizo venir de Inglaterra á su parienta Santa Lioba, consagrada al Señor en la flor de su juventud en el monasterio de Vimburn (1). Jóven, dotada de un talento superior, tan idónea para los negocios y las letras como para los ejercicios regulares y las obras de manos, manifestó una verdadera aptitud para las ciencias, y casi sin estudio adquirió tal conocimiento de las lenguas antiguas, que llegó á hacer versos latinos, lo cual en aquellos tiempos se tenia por una habilidad la mas extraordinaria. Pero la reputacion de sus virtudes era superior á la de sus talentos. No tardó en coger los frutos de este dichoso conjunto de bellas cualidades: las costumbres feroces de los germanos se suavizaron y purificaron con solo oír el sacrificio heróico de tantas victimas tiernas que se ofrecían por la salvacion de su pueblo, y que al candor de la inocencia añadían las austeridades de los penitentes mas esforzados. No obstante, quiso el Señor probar á sus esposas de un modo el mas cruel para su espíritu.

Una infeliz consumida á fuerza de en-

(1) Act. SS. Bened. tom. 4, pag. 249.

fermedades, y que solo se mantenía de lo que se la daba á la puerta de la abadía, se abandonó al crimen; parió un niño, y en las tinieblas de la noche le arrojó al rio que pasaba cerca de aquella casa religiosa. Por la mañana halló otra muger al niño, y esparció mil calumnias por el vecindario diciendo en tono irónico: «¿es este el modo que tienen las religiosas de bautizar á sus hijos?...» El pueblo, siempre esclavo de la primera impresion que se le quiere dar, se amotinó y corriendo lleno de indignacion al monasterio, prorumpió en injurias y amenazas contra aquellas esposas de Jesucristo. Habia salido de él cierta religiosa por motivos conocidos y con permiso de la abadesa, la que mandó desde luego volver á entrar en el convento. Protestó delante de Dios su inocencia derramando un torrente de lágrimas, y suplicando á su Magestad que manifestase quién era la delincuente. La abadesa juntó toda la comunidad: mandó que rezasen el Salterio en pie con los brazos en cruz; las condujo luego en procesion al rededor del monasterio por tres veces distintas á las horas de tercia, sesta y nona; y por último, acercándose al altar la santa abadesa, en presencia del pueblo que lo observaba todo con la mayor atencion, levantó las manos al cielo, y derramando lágrimas dijo: «Dios de toda pureza, que os dignásteis escoger á estas esclavas para esposas vuestras, tomad á vuestro cargo el defender la inocencia de las que prefirieron vuestro amor á todos los objetos mortales y perecederos: salvadlas de un oprobio que recaeria sobre vuestro santo nombre.» En el mismo instante entró el espíritu maligno en el cuerpo de la infame calumniadora, y confesó su crimen en presencia de todos, y el pueblo entonces dió gracias á Dios con grandes aclamaciones. Refiérense otros muchos milagros que obró el Señor por los méritos de Santa Lioba, y

de Santa Tecla, otra religiosa que habia traído de Inglaterra, y que fué abadesa de Chizinga de Mein en la diócesis de Wurzburg.

Mientras que la presencia y vigilancia infatigable de San Bonifacio llenaban de esplendor á la iglesia de Alemania, sus cartas producian en Inglaterra efectos maravillosos. La libertad con que escribió á Ethelbaldo, rey de los mercienses, lejos de irritar á este príncipe abandonado á las pasiones mas violentas, produjo por el contrario un ejemplo brillante del ascendiente de la virtud sobre el espíritu de los grandes cuando no han llegado á perder todos los sentimientos de rectitud. El príncipe inglés no se limitó á enmendar sus propios vicios, sino que además de esto hizo celebrar un Concilio nacional en Cloveshou el año 747 para el restablecimiento del buen orden y de las costumbres (1). Concurrieron á él, con Cutberto arzobispo de Cantorberi, once obispos, así del país de los mercienses, como de las otras naciones que ocupaban la Gran Bretaña. El rey Ethelbaldo quiso asistir en persona acompañado de los grandes de su reino. Abrió Cutberto la sesion presentando dos cartas del Papa Zacarias relativas á la reforma de las costumbres. Se leyeron primero en su lengua original, y se esplicaron despues en lengua vulgar, manifestando todos aquella atencion dócil y religiosa que caracterizaba entonces á esta nacion entre todas las demas. La carta de San Bonifacio, que fué el móvil de la celebracion del Concilio, se recibió generalmente con tanto respeto que se encuentra copiada al principio de las actas.

Pasaron á leer alguna parte de las obras del Papa San Gregorio, reverenciadas muy especialmente por la iglesia de Inglaterra; despues de lo cual se leyeron aquellos de

(1) Tom. 8 Concilior. pag. 1560.

cretos de los Padres que se juzgaron mas convenientes á las circunstancias, y se establecieron treinta cánones para reducir á la pureza de la antigua disciplina las costumbres sacerdotales que tanto influyen en las de los pueblos. Por el canon décimo se advierte el extremo de degradacion en que se hallaban ya las letras y los estudios. Fué necesario hacer este decreto para obligar á los sacerdotes á que se hiciesen capaces de esplicar en lengua vulgar el símbolo de la fé, la oracion dominical, y las palabras que constituyen la forma del bautismo y de los demas sacramentos. El canon doce manda la observancia de las fiestas segun el martirologio romano, que aqui parece ser el de Beda, siendo esta la primera vez que se hizo mencion de él. Por el canon veinte y tres se exhorta á la frecuente comunión, no solo á las personas consagradas á Dios, sino tambien á los legos, especialmente á los jóvenes, en cuyo corazon reinaba todavia la inocencia, y á los ancianos que la habian recuperado. El canon veinte y seis recomienda la limosna, y declama al mismo tiempo contra el abuso que se iba introduciendo de redimir ó conmutar las penas canónicas impuestas por los sacerdotes para la satisfaccion de los pecados, no menos que el de que la penitencia impuesta personalmente se hiciese cumplir por otros á precio de dinero, pagándoles por ayunar ó cantar los salmos. Las palabras del Concilio son las siguientes: «Además de que la penitencia debe ser un remedio para las faltas cometidas y un preservativo de la reincidencia, es muy justo que la misma carne que ha pecado sufra el castigo; pues si fuese dable satisfacer por otros, los ricos conseguirian mas fácilmente la salvacion que los pobres, lo cual se opone al Evangelio.»

En el mismo año en que el rey de los mercienses mandó celebrar este Concilio tan saludable para su pueblo, ofrecia Car-

loman á la Austrasia y á todo el mundo cristiano otro ejemplo mucho mas edificante (1). Este príncipe francés, superior en poder á la mayor parte de los reyes, y célebre por su valor y por una larga serie de victorias conseguidas contra los alemanes, sajones y bávaros, hallándose en la cumbre de la gloria y de la prosperidad, formó la resolucion de dejar el siglo y abrazar la vida monástica. Una piedad sincera y un amor entrañable á la Religion señalaron constantemente los días de su vida; pero la dificultad de conciliar las obligaciones de la conciencia con los usos de la política en la situacion en que se hallaba el gobierno, despertaba continuamente los movimientos dolorosos de una conciencia agitada. Por una parte conocia la necesidad de devolver los bienes de la Iglesia, segun los consejos de San Bonifacio y los decretos del Concilio de Germania; y por otra temia el descontento de los militares si les quitaba la recompensa de sus servicios en un tiempo en que los necesitaba mas que nunca. Se afligia igualmente al considerar las expediciones sangrientas y ruinosas que la necesidad de los negocios del Estado le obligaba á hacer contra los sentimientos dulces y benéficos propios de su corazon; sobre todo no podia borrar de su espíritu la funesta memoria de haber mandado degollar en el año anterior á una multitud de alemanes rebeldes. Tomó el partido de abdicar unas dignidades tan fecundas en amarguras, y de consagrarse enteramente al Dios de clemencia y misericordia. Así pues, en el año 747, sétimo de su reinado, despues de haber participado esta resolucion á su hermano Pipino, á quien nombró heredero de sus Estados, dejó la Francia, y emprendió el camino de Roma, en cuya ciudad se propuso al principio buscar su asilo.

(1) Act. SS. Bened. tom. 4 pag. 123.